**Las orillas del cielo**

Luisa no creía ni en el cielo ni en el infierno, al menos, no de la forma en que lo hacían muchas personas. Pero si confrontaba las probabilidades de existencia entre uno y otro, definitivamente, se inclinaba por contemplar como válida la existencia del último. Ella no imaginaba al infierno como una caverna de fuego con un señor bicorne cuidando la entrada, sino como un lugar muy conocido. Si le preguntaran a Luisa dónde se encontraba el infierno, su respuesta inmediata sería que el infierno tenía dirección y número de teléfono. Daría su propia dirección en la ciudad de Santo Domingo, y su número de celular. Allí estaba el infierno.

 No tenía fluido eléctrico desde hacía muchas horas, el maldito teléfono celular estaba muerto, y a su carro lo habían chocado, encima de haberlo tenido que recuperar de manos de un oficial corrupto de la policía que se había adueñado de él. Eso era el infierno. No había llegado a esta conclusión en uno de esos frecuentes momentos de arrebato que padecía, donde la ira se adueñaba de sus sentidos y la razón se arrinconaba en un lugar inexplorable. Había llegado a ella tras muchos años de vivir hastiada. Le dolía cada mañana rutinaria, la lucha perenne contra el acoso de los demonios cotidianos, la desidia generalizada, y lo que ella identificaba como el desinterés en los detalles minúsculos, que tanto pesaban sobre la existencia.

Había demasiadas cosas, en la mezcla que conformaba su vida, que la llevaban a la desesperación. Le dolía el vivir sola, sabiendo que nada ni nadie dedicaba un minuto de espera o de vida para ofrecerle reposo o pensar en ella. Inmersa en estas cavilaciones, de repente, sonó el teléfono celular. El extraño fenómeno de resucitación espontánea del aparato diluyó un poco la amargura que le llenaba hasta los poros. Su semblante cambió, suavizándose aún más, al ver el nombre de quien llamaba: Rafael. No respondió, pero segundos después escuchó atentamente el mensaje que había dejado grabado.

Aunque no odiaba a los hombres, en ocasiones, su actitud hacia ellos había suscitado esa sospecha entre sus amigas. En verdad, no sentía odio, aunque no negaba que había tratado a muchos con desdén y desprecio. Por muchos años había sentido la necesidad imperiosa de imponer su criterio, sin importarle la situación ni quien estuviera frente a ella. Cada encuentro era un reto, una batalla de la que tenía que salir triunfante. Su comportamiento había dado origen a múltiples historias imaginarias sobre un padre áspero, abusivo, y una madre poco cariñosa. Algunas amigas opinaban que esos rasgos de poca piedad estrangulaban sus relaciones. Otras, especulaban que la rabia se originaba en algún otro tipo de trauma oculto en su niñez. No solía hablar sobre su niñez, de la que guardaba los detalles con recelo.

Lo cierto era que durante su juventud había usado sus encantos y su cuerpo como arma mortal para mortificar a los hombres y hacerlos sufrir los tormentos de los amores despreciados. Por alguna razón inexplicable sentía placer al verlos heridos, suplicando sus favores, torciéndose entre lágrimas y poemas profundos de amores calamitosos. Excepto con Rafael. Frente a él no sentía esas urgencias.

Sostuvo unos segundos el teléfono en sus manos y luego le envió un mensaje de texto, diciendo que aceptaba su invitación, y que con gusto le vería en el café en que solían encontrarse en la zona colonial, esa misma tarde.

Se detuvo a pensar por un momento en Rafael. ¡Cuán oportuna su llamada! No era la primera vez en la que parecía encontrar el momento perfecto para llamarla y, de alguna manera, endulzar un día que amenazaba con tornarse en un cúmulo de acritudes. La relación con Rafael, a través de los años, había sido diferente. Sin saber por qué, nunca lo había considerado como un pretendiente. Se había acostumbrado a su presencia constante, pero casi imperceptible, a lo largo de su vida, como nos acostumbramos a la presencia de un objeto: un paraguas que se utiliza cada vez que llueve, un abrigo que usamos para el frío, o una escoba que nos libra de estorbos. Siempre están allí, disponibles, útiles, pero no por esto le dispensamos ningún tipo de afecto en particular.

Así había sido con Rafael. “Quizás”, pensó, “debo verlo de otra manera”. Pero se echó a reír sola en el instante en que se sorprendió a sí misma tomando en consideración una perspectiva diferente. “He sobrepasado los cuarenta y cinco años. Mis senos no son ni sombra de lo que fueron…” Seguían siendo algo pequeños, pero ahora parecían vencidos y se descolgaban desvergonzadamente sobre el pliegue de su vestido. Antes de proseguir pasando revista al resto de su cuerpo, al estado de sus piernas, o la engrosada talla de su cintura, se detuvo. “Soy una estúpida”, se dijo en voz baja, y procedió a cargar las vasijas de agua que había almacenado, para darse un baño.